

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sofía Mercedes Piña Santoyo

“Los delirios de una casa”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 67, enero-marzo de 2024, pp. 69-71.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Los delirios de una casa...

Sofía Mercedes Piña Santoyo



Adriana Ortega Calderón, *Cuando los gatos esperan*, Xalapa, uv, 2022, 106 pp.

¿Qué tan rápido pasan las horas cuando solamente podemos imaginar su avance sin medirlas? ¿Hasta dónde nos acompaña nuestra memoria ante la locura? ¿Cómo se precipita una persona hacia la perdición y la espiral de delirio por la cual desciende? Estas cuestiones son la médula que sostiene el cuerpo de *Cuando los gatos esperan*, de Adriana Ortega Calderón, una novela corta que deja en el lector un sabor de boca difícil de descifrar, mientras nos ahoga, tanto al lector como al protagonista, en los ríos de una Francia cuyos “colores nunca se extinguían, ni siquiera con la ausencia de la luz” (42), ni siquiera con la presencia de la gris tormenta.

Grande es la sorpresa de Álvaro cuando, al llegar a la casa, lo único que encuentra es una nota de los propietarios excusando su ausencia y prometiendo regresar en unos días. Dejan atrás las llaves de la casa, y a los tres gatos que, desde la llegada de nuestro protagonista, se ocuparán de seguirlo minuciosamente por la morada.

En esta novela, las palabras nos arrastran hasta convertirnos en Álvaro Lucero, un hombre de finales del siglo XIX, originario de Buenos Aires, lugar del cual nunca se había separado. En sus páginas Adriana Ortega teje, en un increíble lienzo de letras, el dolor de dejar atrás su hogar, a su madre, amigos y a Andrés, con quien el protagonista mantiene una relación que se alcanza a saborear con el dejo salado de un silencioso romance, todo por una oportunidad de trabajo en la ciudad francesa de Versalles. En su trayecto por las vías de la añoranza y la novedad, Álvaro imagina a quienes lo hospedarán temporalmente en su hogar, la familia Berthier, conformada por una pareja y sus dos hijos adolescentes. Grande es la sorpresa de Álvaro cuando, al llegar a la casa, lo único que encuentra es una nota de los propietarios excusando su ausencia y prometiendo regresar en unos días. Dejan atrás las llaves de la casa, y a los tres gatos que, desde la llegada de nuestro protagonista, se ocuparán de seguirlo minuciosamente por la morada, dejando pequeñas huellas de polvo blanco como la firma de su existencia. Durante los primeros días de su estancia y en el recorrido por las calles de Versalles, Álvaro Lucero no consigue alejar la nostalgia que le dejaba el grosero abandono. Esta sensación se apodera de su espíritu cuando, al

pasar los días, el hogar continúa siendo cuatro paredes levantadas con la soledad, anhelo y desesperación de Álvaro.

Adriana Ortega Calderón (Torreón, 1975) es editora independiente y escritora. Con *Cuando los gatos esperan* incursiona por primera vez en el género de la novela y consigue atrapar, sin dar tregua, a quien la lee. No sorprende que la autora consiga cautivarlos con su relato; su talento ya se ha probado a través de su trabajo como guionista de televisión, al igual que en sus otros trabajos literarios, pues ha publicado cuentos, poesía y ensayos en revistas nacionales e internacionales.

Mientras las páginas de *Cuando los gatos esperan* avanzan, Adriana Ortega nos permite asomarnos a la cotidianidad de Álvaro: su desayuno, su recorrido hacia el trabajo, sus paseos en la hermosa Versalles, su regreso a la casa ajena, siempre anhelando que ahí se encuentren aquellos que por correspondencia habían dado su palabra de acogerlo. También somos testigos de las desdénas miradas que los vecinos de los Berthier le dirigen, y de la intriga que se alberga acerca del origen de una extraña fetidez que se expande por la casa; y, claro, también lo vemos darle de comer a los tres gatos. Nuestro protagonista se encuentra solo en esta encrucijada, se priva de hablar sobre su pesar y misterio con los demás.



Darío Díaz: *La espera*

Quien se enfrenta a la lectura de esta novela corta, se adentra en la mente de un náufrago en una sociedad extraña que lo obligará a involucrase en las mil y una ideas que giran alrededor de la misteriosa soledad que no deja de atormentarlo dentro y fuera de una morada cuyos amos parecieran no existir.

La narrativa de la autora es terriblemente poética, tan vívida que se siente un escalofrío recorrer las vértebras al leerla. El lector navega la vida a través de los ojos de Álvaro, entre monólogos internos que se sienten como pro-

prios y descripciones que se aprecian inmortales. Quien se enfrenta a la lectura de esta novela corta, se adentra en la mente de un náufrago en una sociedad extraña que lo obligará a involucrase en las mil y una ideas que giran alrededor de

la misteriosa soledad que no deja de atormentarlo dentro y fuera de una morada cuyos amos parecieran no existir. ¿Acaso sería toda su tortura un castigo divino? ¿O es su reclusión producto de la espiral a la que él mismo se encaminó?

Esta historia guarda el ritmo vertiginoso de las horas, muta en un reloj de arena y sus granos se deslizan por nuestros sentidos hasta que, de un momento a otro, parpadeamos para darnos cuenta que hemos acabado de leerla, y al final pareciera que todos los pensamientos de Álvaro florecieron en nuestra mente y todas sus angustias en nuestra alma. Y si bien no se encuentra una gran cantidad de diálogos entre personajes

y es casi nula la acción, eso parece carecer de importancia pues el conflicto se encuentra dentro del protagonista, donde batallan su grandilocuente visión del entorno y su sensible alma en cada párrafo, entre palabras rebuscadas y cargadas de suntuosidad que enmarcan perfectamente la profundidad del carácter de Álvaro.

Es cautivadora la capacidad que la escritora le da al protagonista para describir su cada vez más débil pasión por el entorno, uno que al paso de cinco semanas en aquella sombría incertidumbre contemplará únicamente desde dentro de la casa, cual espectro que incesantemente rasca la pared de su celda.¹ La esencia curiosa de Álvaro es arrancada como una hierba marchita para en su lugar dejar la sombra del inevitable delirio que le hará preguntarse: “¿Es posible que yo no sea el que creí ser?”

Hasta cierto punto, uno como lector puede llegar a sentirse exasperado por el sobrepensar y la autocompasión que el protagonista expresa a cada vuelta de página. Pero ese sentimiento crece también silenciosamente dentro de nosotros, y la desesperación se torna en una reflexión que nos obliga a vernos en ese reflejo casi satírico, uno que no nos deja mentir pues, al igual que Álvaro, tememos molestar al mundo con los problemas que en voz alta se hacen diminutos: nos aterran las casas vacías, en las que únicamente se escucha el eco de nuestra soledad, deambulamos sin sentido en un mundo que no para de olvidar que existimos, pensamos mil posibilidades de una única imaginaria situación y una parte de nosotros muere ante la idea de estar lejos del hogar construido y reconstruido con los ojos del aprecio. Detestamos el existencial desamparo, pero aun así nos asusta la idea de la vida, cada lugar que pisamos es una casa ajena en

la que parecíamos estar viviendo sin permiso. Y así, sin más, nos convertimos en Álvaro Lucero, perdido en un país rebosante de magnificente nostalgia.

Desde mi infancia mi mente me asechaba, alta y monstruosa, desde las esquinas de mi cuarto; me dolía pensar, nunca sabía si mis ideas o mi imaginación traerían consigo “un concierto de infiernos”.² Me acosaba la pregunta ¿cuánta lucidez es demasiada lucidez? A veces se pudiera pensar que nunca es suficiente; otras, que el exceso transmuta en delirio. En esta novela vive un fragmento de la respuesta a esta cuestión: no hay nada parecido a la lucidez, no existe tal cosa, solamente una idea de esta. Al terminar *Cuando los gatos esperan*, conseguiremos darnos cuenta de que nos observamos solos y nada importa, no como una condena sino como un consuelo; esta es una oda a la libertad que nos invita a sentir y actuar fuera de las expectativas. Podemos ver la esperanza agonizar en cada muro³ o dejarnos fascinar por cómo esta renace con las primeras flores de las jacarandas cada año. La decisión de enfrentarse a sus páginas y no salir indemne es tuya. **LPyH**

NOTAS

¹ Referencia a Virginia Woolf, *La señora Dalloway*, 1925.

² Arthur Rimbaud, Fragmento de “Noche del infierno”, *Una temporada en el infierno*, 1873.

³ Referencia a la última página de *Cuando los gatos esperan*.

Sofía Mercedes Piña Santoyo es estudiante de Ciencia Política en el Colver. Ha sido finalista en escritura creativa de la Genius Olympiad. Actualmente trabaja en la SEV.

Lo mismo que un saludo

Itzel Bruno



Jhumpa Lahiri, *El atuendo de los libros*, trad. de Jacobo Zanella, pról. de Carla Faesler, México, Gris Tormenta/UV, 2022, 91 pp.

El sentimentalismo a menudo nos hace poseer libros como objetos, sentirnos satisfechos por acumularlos. Pero también es inevitable que signifiquen algo importante porque nos gusta verlos como compañeros en circunstancias adversas, porque a menudo llegan como obsequios de personas especiales o porque nos encuentran en instantes “de inadvertida felicidad”, como un buen amigo refiere a partir de otro libro. Evocan recuerdos enmarcados por sensaciones, charlas extensas y amenas o agotadoras discusiones (encantador que los libros sean causantes del inicio o fin de muchas relaciones).

Pero hay una razón menos romántica y más impulsiva de cómo llegan a nuestras manos: la portada. Simple y llanamente los hemos comprado porque algo vemos en sus portadas que nos atrapa. No es exagerado decir que caímos en una trampa. De eso nos habla Jhumpa Lahiri (narradora y ensayista indobritánica-estadouniden-